

Miranda en Songi

Ignacio Padilla

Autor de libros como Amphitryon y del más reciente La gruta del Toscano, Ignacio Padilla es uno de los narradores más interesantes de la literatura mexicana actual. Este cuento forma parte de la trilogía “Quimeras de tres orillas”, que a su vez es parte del volumen en preparación titulado El androide y las quimeras.

Debo a la generosidad de Monsieur La Condamine el raro privilegio de haber conocido a Marie-Angélique Le Blanc. El 28 de marzo de 1765 mi llorado amigo apareció intempestivamente en el Hôtel d’Epaigue y me preguntó si me sentía con ánimos de conversar con la niña salvaje de Chalons. La pregunta, claro está, era retórica: nuestra correspondencia en los últimos meses no versaba de otra cosa que no fuera la vida de esa pobre mujer y los avatares que de ella contaba Madame Hacquet en su pequeña biografía. Desde que tuve aquel librito en mis manos sentí que su historia me pertenecía como si hubiese sido escrita y vivida expresamente para mí. Así se lo hice saber a La Condamine en una de las cartas que le envié poco antes de partir hacia París. A lo que él, siempre dispuesto a compartir las obsesiones y caprichos de un hombre de ciencia, me respondió con la firme promesa de allanarme el camino a la causa de mis desvelos.

Para ese entonces mis estudios sobre el origen del lenguaje habían llegado a un punto muerto. Trabajar con primates, idiotas y dementes me había empujado menos a la verdad que a la duda. Me hallaba virtualmente empantanado en una ciénaga de ideas y sombras que, a mi juicio, sólo se disiparían cuando al fin pudiese hablar con la salvaje de Chalons. La biografía de Madame Hacquet

era en verdad estremecedora, pero era asimismo insuficiente para desvelar los secretos científicos que encerraba su extravagante relato.

Fue con tal convicción que ese mediodía de marzo me dejé arrastrar a la calle por Monsieur La Condamine sin apenas darme tiempo de dejar mis baúles a buen recaudo en el hotel. Mi amigo frisaba entonces los setenta años y estaba sordo como una tapia. Aun así, ese día me condujo por las calles parisinas con un vigor francamente envidiable. Casi a trote cruzamos el Sena y llegamos hasta un sórdido edificio en los flancos de la iglesia de Saint Gervais. Antes de entrar, mi noble guía se detuvo al fin para pedirme que no me dejase distraer por las condiciones en que hallaríamos a la muchacha. Dijo que Mademoiselle Le Blanc era sin duda oro molido para hombres como nosotros, pero hacía ya mucho tiempo que su historia y su persona habían perdido novedad entre los legos. Tras la muerte de sus protectores más generosos, la muchacha ahora vivía sola, enferma y sin dinero en aquel gris apartamento de la Rue Guénégaud. Se ganaba la vida bordando flores artificiales o arañando las exiguas donaciones que a veces le enviaban las hermanas del Couvent des Régents o el propio La Condamine. La publicación del libro de Madame Hacquet no había ido

muy bien, de modo que la muchacha conservaba un buen número de copias y las vendía a sus escasos visitantes a precios desmedidos que algo tenían de mendicidad. En una palabra, concluyó mi amigo, la niña salvaje de Chalons había dejado efectivamente de ser niña y salvaje, pero eso distaba mucho de haberla convertido en un feliz ejemplo de la fuerza redentora de la civilización.

Recuerdo que las advertencias de Monsieur La Condamine me parecieron en ese momento innecesarias, pues no me eran ajenas las muchas desgracias que habían hecho oscilar a Mademoiselle Le Blanc entre la gloria y la miseria. Conocía de sobra los esfuerzos con que el Vizconde d'Epinoz había logrado humanizar a la pequeña fiera cuando ésta, niña aún, salió del bosque sembrando el pánico entre los pobladores de Chalons, la paciencia con que le enseñó sus primeras palabras en francés, el tesón con que le hizo renunciar a la costumbre de comer carne cruda. Y sabía también del denuedo con que el Duque d'Orléans y las monjas de Champagne continuaron esa gesta civilizadora tras la muerte del Vizconde. El libro de Madame Hacquet daba puntual cuenta de todas estas cosas y denunciaba el abandono en que se hallaba la muchacha a fin de estimular la generosidad de nuevos patrones. Sus esfuerzos, no obstante, fueron vanos: con el paso del tiempo, la niña salvaje se convirtió en una adolescente turbia, una mujercita tímida cuyo único atractivo radicaba en las borrascas de un pasado que resultaba para el mundo cada vez menos trágico y más incómodo. Ni bestia ni dama, Marie-Angélique Le Blanc era la criatura inacabada de un destino veleidoso: Dios o el Diablo habían querido que sobreviviese a incontables raptos, naufragios y vejaciones para entregarla luego a la benevolencia de personas bien dispuestas a devolverle la humanidad. Acaso en otros tiempos aquella habría tenido que ser una historia afortunada. Ahora, sin embargo, era prácticamente imposible discernir si en verdad lo era o si hubiera sido mejor que la niña nunca hubiese salido del frondoso bosque de Chalons.

Todo esto había pasado por mi mente mucho antes de escuchar las advertencias de mi amigo, pero la realidad estaba a punto de superar mis más audaces especulaciones. En cuanto entramos en el edificio supe que nada habría podido prepararme para aceptar sin más lo que allí me esperaba. Mademoiselle Le Blanc vivía en el tercer piso, al que se llegaba por una escalera tenebrosa y gimiente. Su apartamento no era más que una covacha húmeda, apenas iluminada por una ventana mínima y casi tapiada por los muros traseros de la iglesia de Saint Gervais. Reinaba allí una pulcritud vergonzante, entre carcelaria y conventual. Era como si el orden de aquel apartamento fuese un reflejo de la lucha cotidiana de su habitante por impedir



Abadía Saint Martin, Ligugé, Francia

que la indigencia la devolviese al estado salvaje del que una vez la rescataran los campesinos y los prohombres de Champagne.

En cuanto a Memmie, como quiso presentármela nuestro común amigo, la impresión fue aún más inquietante. Según mis cálculos, la mujer debía tener ahora poco menos de cuarenta años, aunque su aspecto le daba varios más. Sus modales eran todavía los de una adolescente más o menos instruida, pero sus canas, su peso excesivo y su boca desdentada daban a su jovialidad un aire desolador. Más tarde recordé que Memmie había perdido la salud muy pronto en su vida, cuando las monjas de Champagne le prohibieron nadar, trepar árboles o correr libremente por el campo. Los dientes los había perdido aun antes de entrar en el convento, probablemente en casa del Vizconde d'Epinoz, donde un cambio drástico de dieta habría consumido su cuerpo hasta engendrar en ella a la anciana obesa y prematura que años después me presentaría en París el buen Monsieur La Condamine.

En mi vida he estudiado a media docena de antiguos niños salvajes, en su mayoría adultos y acaso algún anciano. Todos ellos presentaban importantes malformaciones, taras incorregibles que atajaban cualquier intento de hacerles pasar por individuos normales. También Memmie las tenía, pero sus defectos físicos eran por comparación tan sutiles como enorme su conciencia de ellos. A la impensada monstruosidad de los otros salvajes se oponía la angustia de esa pobre mujer que, para su mal, era plenamente capaz de reconocer lo que la hacía diferente de su prójimo y la manera en que la vida la había incapacitado para ser una persona común. Por eso, lo que

en otros casos habría sido tomado como un afortunado vuelco de la suerte, era en el suyo una terrible ironía, pues su vuelta a la conciencia y al lenguaje sólo había servido para restregarle la medida de su infortunio, su torpeza para vencerlo y su incapacidad para entender por completo los insalvables mecanismos de la justicia humana o divina.

No quiero decir con esto que Memmie diese en ningún momento muestras de rencor hacia quienes quisieron civilizarla. Creo más bien que el suyo era un problema de índole moral. Bastaba verla o conocer su historia para saber que ni ella misma podía estar plenamente convencida de su buena estrella. Atrapada entre las fuerzas de la gratitud y el desencanto, la salvaje de Chalons había entendido claramente que estaba en deuda con muchas personas, una deuda sin embargo impagable que había hecho de su vida una campaña inútil por disimular las huellas que inevitablemente habían quedado en ella a pesar de sus propios esfuerzos y los de sus protectores.

Esa tarde la muchacha me recibió con numerosas fórmulas de cortesía en las que pude apreciar un acentuado acartonamiento, la angustia de quien ha estudiado una lección difícil y teme equivocarse en el momento menos pensado. Azuzada por Monsieur La Condamine, Memmie pasó en seguida a narrarme su historia sin desviarse un punto de lo que decía el libro de Madame Hacquet. Sin apenas titubear recitó para mí los pocos recuerdos que supuestamente le quedaban de una insondable nación gélida de la que había sido raptada por traficantes de esclavos cuando tenía seis o siete años. Luego me contó su larga travesía en un barco, donde la pintaron de negro para venderla en tierras más cálidas,

seguramente caribeñas. Habló después de otro barco, un barco que yo siempre imaginé inmenso y cruel, amenazado de pronto por un naufragio en el que ella y otra niña negra habían sido abandonadas por la tripulación despavorida. Me dijo cómo nadaron hasta las costas de Francia y cómo en sus bosques aprendieron a comunicarse con ademanes, a imitar el trino de los pájaros y a alimentarse de ranas, conejos e insectos. Me habló por último del día en que ambas pelearon por un espejo hallado en mitad del bosque, y de cómo se separaron luego de que Memmie abriese una profunda herida en la cabeza de su compañera de fatigas.

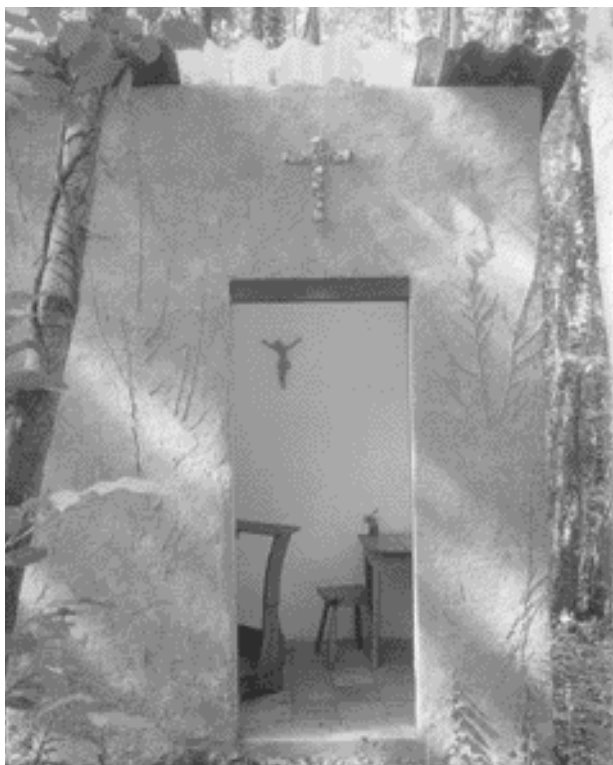
Fue en este punto de su historia cuando al fin me decidí a interrumpirla. Estaba claro que la muchacha había estudiado su lección y que solía recitarla íntegra a quien quisiera oírla. Mi traducción del libro de Madame Hacquet me permitió muy pronto entender que el testimonio de Memmie Le Blanc sería una calca del relato que su biógrafa había ordenado, escrito y fijado para ella. Por un instante me aterrorizó la idea de que esa curiosa inversión hubiese agotado irremediablemente la memoria espontánea de la muchacha, cuyos recuerdos ahora serían tan sólo un eco de las palabras y la voluntad ordenadora de Madame Hacquet. Fue sin duda aquel temor lo que esa tarde me hizo interrumpirla para buscar en ella pasajes, giros y sensaciones que no hubiesen sido ya transcritos por la paciente pluma de su biógrafa. Sin piedad, aunque no sin esperanza, pregunté a la muchacha qué recordaba haber sentido tras abandonar a la otra niña herida en los bosques de Chalons. Al oír esto, Memmie Le Blanc adquirió una blancura sublunar. Por espacio de un segundo desplazó con rapidez los ojos como el animal que ha olfateado el peligro y escruta la maleza para saber de dónde le vendrá el primer zarpazo. Finalmente abrió un poco los labios y me dijo:

—Nada, señor. Entonces no sentí nada.

Sus pupilas ahora se habían congelado en un punto impreciso de la ventana. Monsieur La Condamine dormitaba en su silla.

—¿Está segura? —Le pregunté esperando que la respiración de mi amigo apaciguase el de la muchacha.

Mademoiselle Le Blanc asintió con imbatible firmeza. Era evidente que mi pregunta la había estremecido de raíz. Bien sabía yo que Madame Hacquet había tocado esas mismas fibras muchos años atrás, y que también entonces la muchacha declaró no haber sentido culpa, soledad o congoja al separarse de la pequeña niña negra. Ahora, sin embargo, al escuchar de viva voz su respuesta, percibí en la actitud de Memmie Le Blanc un importante matiz. No es que dudase de su capacidad para recordar sentimientos que en ese entonces ni siquiera formaban parte de su parco vocabulario de trinos y bufidos. Era más bien la intuición de que algo había ocurrido en ella a medida que el lenguaje había ablandado los meandros



Abadía de Notre Dame des Gardes, Saint-George des Gardes, Francia

más oscuros de su conciencia. Algo enorme y atroz, algo que Madame Hacquet había pasado por alto porque aún no estaba allí del todo. En su libro, la biógrafa describe con minucia la trifulca del espejo, y asienta a la letra que la niña aseguraba *nunca* haber sentido soledad o tristeza por haber reñido a su compañera. Quizás en el pasado aquella afirmación había sido correcta, pero al cabo de unos años el *nunca* de la niña salvaje había sido reemplazado por el estremecedor *entonces* de la solitaria Memmie Le Blanc. Después de todo, pensé, la muchacha estaba siendo conmigo tan honesta como enfática: la niña que fue en Chalons ciertamente ignoraba qué era la tristeza o la soledad, pero la mujer en la que la habíamos convertido lo sabía demasiado bien, y tanto, que ahora le era imposible deslindar su humanidad de su honda melancolía, una congoja de proporciones bíblicas que le emponzñaba cotidianamente el alma como si la hermosa cesta del lenguaje hubiese encerrado para ella sólo un áspid gigantesco y furioso.

* * *

De las muchas consecuencias que tuvo para mí aquella entrevista, ninguna lamento tanto como el efecto que ésta tuvo en la salud de Monsieur La Condamine. No bien abandonamos el edificio de la Rue Guénégaud, mi amigo se desplomó en plena acera. Agotado por nuestra larga caminata, y quizá también por el frío que imperaba en el apartamento de Mademoiselle Le Blanc, esa noche el viejo se allegó una pulmonía que estuvo cerca de enviarle a la tumba. Su convalecencia fue larga y penosa, sobre todo para él, que había sorteado incontables fiebres en las selvas americanas y no estaba dispuesto a morir por un simple paseo a la ribera izquierda del Sena. Sólo una semana después de nuestro encuentro con la muchacha me atreví a comunicarle mi intención de salir cuanto antes a Champagne, donde esperaba disipar algunas de las muchas dudas que su historia me había sembrado en el pecho. Recuerdo que esa vez mi amigo me miró como si supiese exactamente cuáles eran esas dudas y en qué medida sería capaz de resolverlas visitando los contornos de Chalons. A juzgar por su actitud, mis expectativas de sacar algo en claro no eran muy halagüeñas, pero igual a p robó mi obsesión con una sentencia cuyo significado sólo comprendí meses más tarde.

—Vaya, pues, querido Burnett —me dijo con un hilo de voz.

Recuerde sólo que no está usted para salvar ni condenar a nadie.

La críptica advertencia de Monsieur La Condamine me escoltó como ave carroñera en el camino a Champagne. Aún podía escucharle cuando llegué al Couvent des Régents, donde me recibieron la abadesa y otra monja muy anciana que decía recordarlo todo sobre el tiempo



Abadía de Sainte-Cécile, Solesmes, Francia

que la niña había pasado en el convento tras la muerte del Vizconde d'Épinoy. Por ellas supe que Memmie, quien tendría entonces unos doce años, había perdido allí sus últimos vestigios de salvajismo. El cariño, la piedad y la estricta disciplina de las religiosas habían continuado la obra del Vizconde hasta lograr que Memmie se consagrara a devociones propias de su condición y de su género. La niña, aseguraba la anciana, desarrolló gracias a Dios un temperamento dulce y festivo, nada que recordase los desplantes que la caracterizaban cuando salió del bosque. Por lo que hace a su educación, Memmie mostró desde muy pronto un intenso deseo de vestir los hábitos, señal inequívoca de que sólo al Altísimo debía la niña el privilegio de haber vuelto a habitar entre sus congéneres.

—¿Y qué ocurrió entonces? —In t e r rompí con una vehemencia de la que ahora me avergüenzo—. ¿Por qué no pudo consagrarse Mademoiselle Le Blanc a la vida religiosa?

La monja anciana no supo responderme. En el sobresalto que le había provocado mi pregunta, clavó la vista en el suelo y esperó conmigo las palabras de la abadesa.

—Le aseguro que todas aquí adorábamos a Marie-Angélique, señor Burnett —dijo ésta poniéndose de

pie—. Pero algunas cosas simplemente no pueden ser.

Acto seguido me explicó que el confesor de Memmie, un párroco de Songi llamado Tiffauges, había resuelto que la muchacha no estaba en condiciones de vestir los hábitos, pues sus pecados eran tantos como nula su capacidad de arrepentimiento.

La sentencia, ni qué decir tiene, me dejó perplejo. La abadesa la había invocado sin emoción, como si el mero hecho de cuestionar la sabiduría de un sacerdote hubiese sido una falta imperdonable. Un temblor de indignación me estremeció mientras trataba de entender qué pecado podía haber cometido una niña salvaje, o en qué cabeza cabía exigir arrepentimiento a quien había cometido una falta cuando se hallaba fuera de las márgenes de la conciencia. Estaba claro que las religiosas del Couvent de Régents habían acatado el fallo del párroco sin indagar demasiado en él, por obediencia, por miedo o simplemente por abulia. Pero, ¿cómo se lo habían explicado a la pequeña Memmie? ¿Lo hicieron o sólo se lavaron las manos y la arrojaron en la vida adulta sin que ella supiese nunca qué había hecho para no merecer la salvación que con tanto ahínco le habían ofrecido?

Abandoné el convento con estas preguntas e indignaciones en la mente. A esas alturas mi interés por el lenguaje de Memmie Le Blanc había sido desplazado por otra obsesión: el alcance de su inocencia o de su culpa, que en cierta forma tenía también que ver con la culpa o la inocencia de todos nosotros. En mi recuerdo de la triste mujer de la Rue Guénégaud dominaba ahora la expresión insoportable de un remordimiento que yo entonces no había sido capaz de percibir, una pena bañada en rencor, como si al paso de los años y las tribulaciones la niña salvaje de Chalons hubiese al fin entrado en plena conciencia de que sus amorosos patrones la habían hecho objeto de un experimento brutal. Gracias al lenguaje, Marie-Angélique Le Blanc se había convertido en veneno puro, en la encarnación misma de la culpa por un acto que ni siquiera estaba segura de haber cometido, una falta que sin embargo se había transformado en pecado cuando su memoria al fin pudo nombrarla con todas sus letras. ¿Cuál era esa supuesta falta o en qué medida había destruido el alma de la muchacha?, era algo que sólo podría saber cuando hablase de nuevo con ella o con Monsieur La Condamine.

* * *

Me bastó mirar su rostro para saber que La Condamine había estado aguardando mi regreso, ya no sólo como el amigo que añora una conversación cómplice, sino como el padre que ha dejado partir a un hijo a un viaje peligroso pero necesario para forjarle el carácter. En efecto, mis días en Chalons me habían sacudido profundamente. En apenas tres jornadas sentía haber envejecido una

eternidad. Ni mis viajes más extensos habían sembrado en mí una tal aprehensión. Me sentía exhausto, temeroso, molesto por algo que no acababa de explicarme, pero que me corroía las entrañas a una velocidad insostenible. Estaba naturalmente convencido de que Monsieur La Condamine había callado una parte de la historia de Memmie Le Blanc, y me era en verdad difícil no sentirme agraviado por ello. Ahora esperaba que mi amigo tuviese al menos la cortesía de contármelo todo de una buena vez. Por algún motivo inescrutable, me sentía con pleno derecho a saberlo todo sobre la niña salvaje de Chalons y estaba incluso dispuesto a enfrentarme con mi guía para conseguirlo.

Por fortuna, no tuve que llegar a tales extremos. Esa tarde, Monsieur La Condamine se mostró dispuesto a saldar sus deudas. Aunque había mejorado ostensiblemente, aún no se atrevía a salir de casa ni a dar por terminada su convalecencia. Su sonrisa, que en otras condiciones habría sido para mí un motivo de celebración, me pareció en ese momento imperdonable. De cualquier modo, mi amigo percibió en seguida mi inquietud e hizo lo posible por tranquilizarme. Me dijo primero que mi aspecto era deplorable, lo cual era por otro lado un feliz indicador de que al fin iba llegando al fondo de aquella historia atroz. Lejos de apaciguarme el ánimo, sus palabras avivaron mi confusión y mi rabia.

—¿Sabía usted que a Memmie le fue negado consagrarse a la vida religiosa? —Le pregunté.

Monsieur La Condamine asintió, y en su lacónica respuesta constaté cuán al tanto estaba del aberrante dictamen del confesor de la muchacha. Entonces le pregunté a mansalva cuál era la falta espuria por la que se había condenado a la muchacha. Borrada la sonrisa, mi amigo me indicó que tomase asiento.

—La otra niña —respondió— la pequeña niña negra.

Acto seguido me confesó que él mismo, instruido hacía varios años por el Duque d'Orléans y la Reina María, había viajado a Chalons para indagar por el destino de la negrita que acompañara a Memmie Le Blanc en los tiempos de su vida salvaje. Con paciencia de santo investigador, preguntó y excavó en la historia de la región en busca de una señal, por mínima que fuese, de la suerte que había corrido aquella otra niña tras separarse de Memmie. Finalmente supo que la negrita había sido hallada en el bosque no muy lejos de Songi, exánime y con el cráneo destrozado. Hasta allí habían llegado sus pesquisas, cuyos resultados transmitió de inmediato a los protectores de Memmie, quien por entonces aún vivía en el Couvent des Régents. Como era de esperarse, la noticia sacudió profundamente a los involucrados, ya no sólo en lo que hacía a la muerte de la negrita, sino en el hecho inquietante de que Marie-Angélique Le Blanc podría haber deformado su versión de lo ocurrido desde el momento mismo en que fue capaz de formularlo. La



Solestes, Francia

niña, en suma, pudo haber mentido desde un principio, lo cual, en opinión de La Condamine, sería un signo preclaro de que su conciencia era plenamente humana y culpable aún antes de que el lenguaje le diese la oportunidad de contar la verdad sobre la muerte de su compañera.

Poco después de aquel descubrimiento, el padre Tiffauges decidió confrontar a Memmie Le Blanc por el asesinato de la pequeña niña negra. Pero la muchacha no dio señales de comprenderle, menos aún de estar en condiciones de arrepentirse. De acuerdo con el testimonio de su confesor, la niña entonces no quiso o no pudo comprender que había cometido un crimen. De nada sirvió que el sacerdote le explicase las dimensiones de esa falta o la amenazara con el fuego eterno. La niña, aseguraba el párroco, se veía ciertamente asustada y confundida, pero en modo alguno dispuesta a humillarse ante Dios para pedir su perdón. Fue por eso, me explicó años después La Condamine desde su lecho de enfermo, que le prohibieron vestir los hábitos. Aún sin comprender aquella negativa, Memmie la acató con la misma sumisión con que solía aceptar todo lo que buenamente quisieran imponerle quienes la habían sustraído de la vida animal. No obstante, a partir de ese momento Marie-Angélique Le Blanc comenzó a extinguirse como si una sombra gigantesca la envolviese gradualmente con el claro propósito de asfixiarla. Se volvió huraña, y reticen-

te a convivir con sus hermanas de claustro, descuidó su cuerpo y sus devociones, y acabó por convertirse en una suerte de alma en pena a la que nadie sabía cómo tratar. En el transcurso de ese tiempo sus últimos protectores murieron o simplemente se alejaron de ella hasta que sólo quedaron para procurarla las monjas del Couvent des Régents. En septiembre de ese mismo año, Marie-Angélique Le Blanc cayó seriamente enferma y fue trasladada a París, donde luego contaría su vida a Madame Hacquet. Con un esfuerzo sobrehumano, Monsieur La Condamine se las ingenió para instalarla en el edificio de la Rue Guénégaud. Desde entonces la muchacha vivía allí, mustia, silenciosa, atormentada.

Al contar esta última parte de su historia, mi amigo cerró los ojos en un gesto que no supe si era de cansancio o de tristeza. Por un momento pensé en preguntarle muchas cosas sobre el origen del lenguaje y la conciencia, pero lo único que pude preguntar fue qué opinaba ahora del destino que él mismo había ayudado a forjar para Memmie Le Blanc. Al oír esto, Monsieur La Condamine me indicó con una sonrisa lastimera que entendía y acaso agradecía mi sarcasmo.

—La culpa, querido Burnett —musitó—. La maldita culpa.

Y parpadeó con la vehemencia de quien busca espantar de su memoria un alud de recuerdos francamente insoportables. [U]